REAL ACADEMIA SEVILLANA 

DE

BUENAS LETRAS

CONMEMORACION

DEL ANIVERSARIO CCLXI

DE LA

MUERTE DE CERVÁNTES

EN EL DIA 23 DE ABRIL DE 1877



SEVILLA: 1877

FRANCISCO ALVAREZ Y C.ª, *impresores de Cámara de S. M. y de SS. AA. RR. los Sermos. Sres. Infantes Duques de Montpensier*
Tetuan, 24

ACTAS

JUNTA EXTRAORDINARIA

DEL LÚNES 23 DE ABRIL DE 1877

CONCURRENTES

Los Sres.
De Gabriel, *Director*.
Sántos, *Vice-Director*.
Bueno, *Censor*.
Rios, *Depositario*.
García Portillo.
Bécquer.
Guichot.
Amóres.
Rodriguez.
Y el infrascrito *Secretario 1.º*

Reunidos los Sres. Académicos que constan al márgen, y el Sr. Don Claudio Pastor en representacion del Excmo. Ayuntamiento de esta Ciudad, á las diez de la mañana, en la Iglesia Parroquial de San Vicente Mártir, con objeto de asistir á las Honras fúnebres acordadas por la Corporacion para el dia de hoy, aniversario CCLXI de la muerte de Miguel de Cervántes Saavedra, en sufragio del alma de tan esclarecido Escritor, Príncipe de nuestros ingénios, se verificó el acto cantándose una Misa por el Presbítero Sr. D. Francisco García Portillo, Académico de número; oficiando como Diácono y Sub-Diácono dos Sres. Sacerdotes adscritos á dicha Parroquia.

Concluida esta parte de las Honras, se cantó un solemne Responso, con lo cual terminó el acto, de que certifico, firmándolo con el Excmo. Sr. Director.

El Director,
Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca

El Secretario 1.º,
Emilio Márquez Villarroel

SESION REGIA
DEL LÚNES 23 DE ABRIL DE 1877

Presidencia de Honor de S. M. la Reina Madre Doña Isabel de Borbon

CONCURRENTES

Los Sres.
De Gabriel, *Director.*
Sántos, *Vice-Director.*
Bueno, *Censor.*
Chiralt, *Secretario 2.º*
La Sota, *Bibliotecario.*
Ríos, *Depositario.*
Jiménez.
Cámpos.
Bécquer.
García Portillo.
Fernández.
Amóres.
Asensio.
Guichot.
Solís.
Alcáide.
Segovia.
Rodriguez
Velilla.
Moreno.
Benitez de Lugo.
Font, *electo.*
Zarzuela, *electo.*
Arbolí, *electo.*
López Romero, *electo.*
Cano y Cueto, *electo.*
Marqués de la Córte, *correspondiente.*
González Ruano, *correspondiente.*
Y el infrascrito *Secretario 1.º*

Reunida la Académia en la Iglesia de la Universidad, con asistencia de S. M. la Reina Madre Doña Isabel de Borbon y sus Augustas Hijas las Sermas. Sras. Infantas Doña María del Pilar y Doña María de la Paz, con sus Damas de Honor las Excmas. Sras. Marquesa de los Remedios y Condesa de Sorrondegui; de la Princesa María Letizia Bonaparte Wyse Ratazzi; del Excelentísimo Sr. Marqués de Cabra y el Sr. Don Manuel de la Puente y Pellon, Diputados á Córtes; de los Sres. Conde del Cazal, Presidente de la Excelentísima Diputacion Provincial; Ilustrísimo Sr. D. José María Ibarra, Alcalde Presidente del Excelentísimo Ayuntamiento; Excmo. Sr. Don Manuel Laraña, Rector de la Universidad; Excmo. Sr. D. Ramiro de la Puente, Jefe de la Real Casa de S. M. la Reina; Ilmo. Sr. D. Cris-

tóbal Ruiz Canela, Dean de la Santa Iglesia Catedral; Excmo. Sr. Mariscal de Campo D. Joaquin Terrer y Ruiz, Comandante General Subinspector de Ingenieros Militares del Distrito; D. Cristóbal Domingo Rodríguez, Fiscal de la Audiencia; D. Francisco Javier Lasso de la Vega y Chinchon, Vice-Presidente de la Real Academia de Medicina; D. Juan Campelo, Decano de la Facultad de Ciencias de la Universidad; D. Antonio Rivera, Director de la Escuela de Medicina; D. Rafael Alvarez Anitúa y D. Gregorio Pérez Viniegra, Concejales del Excmo. Ayuntamiento; de gran número de Catedráticos y Doctores de la Universidad; de vários Académicos de las de Medicina y Bellas Artes; de los Indivíduos de esta Real Academia anotados al márgen, y de un selecto público de ámbos sexos, cuyo número se acercaba á mil personas, con el objeto de adjudicar en Junta pública y solemne los premios ofrecidos en el Certámen poético abierto para conmemorar el aniversario CCLXI del fallecimiento de Miguel de Cervántes Saavedra; despues de pedir la vénia á S. M. la Reina, abrió el Excmo. Sr. Director la sesion á las dos y media de la tarde, rezándose las preces que previene el Reglamento.

Acto contínuo el infrascrito Secretario 1.° leyó el acta de la Junta celebrada el 13 del corriente Abril, en la parte referente al Certámen, que dice lo siguiente:

«Seguidamente el Sr. Segovia, Secretario de la Seccion de Literatura, leyó el dictámen emitido por ésta sobre las Memorias y Poesías presentadas en el Certámen abierto para conmemorar el próximo aniversario de la muerte de Cervántes, que dice así:

«La Seccion de Literatura ha examinado detenidamente »y con el mayor interés las composiciones presentadas para »optar á los premios ofrecidos en el Certámen público que

»con el objeto de honrar la memoria de Miguel de Cervántes »Saavedra en el aniversario CCLXI de su muerte celebrará »esta Académia el 23 del corriente.

»Tres son los temas propuestos por esta Corporacion, y »sobre todos ellos hay presentados trabajos, de los que pasa »á tratar la Seccion, lamentándose al dar comienzo á su »dictámen de que al ser parca en proponer recompensas, »pudiera tachársele de poco benévola y de sobrado severa, »privando al acto público de mayor solemnidad. La Seccion, »sin embargo, firme en el intento de ser imparcial y recta, »mirando al buen nombre de la Académia y teniendo en »cuenta que, segun los términos del programa, las composi»ciones en verso y las escritas en prosa deben tener mérito y »valor absolutos, no titubéa ni un sólo instante en mantener »lo que ha sido objeto de reflexiva discusion y voto unáni»me de sus indivíduos.

»No culpa la Seccion á los autores de los escritos, ocultos »en el secreto más profundo hasta hoy, que no hayan tenido »espacio de tiempo suficiente para emprender y llevar á feliz »término trabajos difíciles y de importancia literaria; que »no hayan logrado el acierto apesar de sus deséos; que hayan »tropezado con obstáculos nacidos de estar yá muy espigado »el campo de las leyendas y tradiciones; pero lo cierto es que »el Certámen no aparece tan rico como en años anteriores y »esto proporciona á la Seccion disgusto vivísimo.

»Siete escritos en prosa se han presentado haciendo »juicios críticos sobre las Novelas ejemplares de Cervántes »y optando por tanto al prémio ofrecido por S. M. la Reina »Madre Doña Isabel de Borbon: de entre ellos uno está fuera »de las condiciones del Certámen, por ser copia servil de los »dos capítulos que tratan de las Novelas, en la obra que »acaba de publicar D. Ramon Leon Maynez, titulada *Vida »de Miguel de Cervántes Saavedra:* quede sin calificar la

»conducta de quien tal hizo, sea quien fuere, y no entretenga »más tal asunto la atencion de los Sres. Académicos.

»Los seis escritos restantes son apreciables, y muestran »los buenos deseos y laudable intencion de sus autores; pero »ninguno, en concepto de la Seccion, merece el prémio seña»lado. Entre los seis, sin embargo, se distinguen dos: el que »lleva el lema: *Con las Novelas ejemplares legó Cervántes »á la humanidad un precioso tesoro de moral artística*, por »la erudicion que su autor ostenta y la manera de tratar el »asunto; y el que tiene por lema: *Los jueces prudentes y »los piadosos necesitan la equidad con la justicia*, por su »lenguaje propio y castizo y su estilo verdaderamente »literario.

»La Seccion, no obstante, estima que en honor de los »autores debe declararse desierto el Certámen en órden á »este tema, conservando en el misterio sus nombres, y esti»mularlos á que prosiguiendo sus estudios y profundizando »más el carácter distintivo de las Novelas de Cervántes, »examinen lo que significan en la história de la Novela »Española, separándose de lo vulgar, conocido y yá dicho, á »fin de presentar á la Académia en su próximo Certámen »escritos acabados y completos dignos de quienes los firmen, »de la Corporacion que ha de juzgarlos y del génio insigne »á quien todos deseamos honrar y enaltecer.

»La Seccion cree que no debe decir una palabra más »sobre este asunto y que sería inútil y peligroso analizar »minuciosamente los escritos; pero seguirá dócil de todo en »todo la opinion de la Académia.

»Ocho composiciones poéticas han optado al segundo »prémio, ofrecido por SS. AA. RR. los Sermos. Infantes »Duques de Montpensier: una viene firmada y no puede »tomarse en cuenta; de las siete restantes, cuatro son de escaso »mérito y no pueden sostener competencia con las otras tres,

»que son las que pasa á juzgar la Seccion: Unas Décimas, »unos Tercetos y una Oda, cuyos lemas son: *Glória y* »*Martirio*, *En un lugar de la Mancha* y *Dolor fecundus*.

»Han fijado mucho su atencion las Décimas, opinando »unánime que por la novedad de su pensamiento, por lo »brillante de sus imágenes, por la elegancia y rotundidad de »su diccion, por la profundidad de sus conceptos y la belleza »de su estilo, son dignas del prémio: los Tercetos y la Oda »pueden calificarse de buenos sin llegar al mérito de las »Décimas, por tanto debieran ser consideradas ámbas com»posiciones como acreedoras á *accésit*.

»Tres leyendas narran asuntos de história ó tradiciones »de Sevilla, y aspiran por consiguiente al tercer prémio, ó »sea el de la Académia, y siente la Seccion manifestar que »no cree á ninguna merecedora de obtenerlo por no »reunir las cualidades que en su entender constituyen el »mérito absoluto; no basta que haya en alguna trozos ins»pirados y bellas tiradas de versos, es preciso que la obra sea »acabada y perfecta cuanto en lo humano cabe, y ni una sola »de las tres puede ser considerada como obra digna de láuro. »La Seccion, sin embargo, somete en este punto su opinion al »superior critério de la Académia, no sin hacer constar, que »en su sentir, la denominada *El Verdugo de Tablada*, »escrita en correctos y castizos versos pudiera ser digna de »*accésit*.

»La Seccion termina sujetando su dictámen al fallo »superior de esta ilustre Corporacion, que lo aceptará ó »variará como estimáre más conveniente y justo.»

»Puesto á discusion el anterior dictámen en la parte relativa al primer tema, ó sea al juicio crítico de las Novelas ejemplares de Cervántes, quedó aprobado por unanimidad, si bien algun Sr. Académico propuso que se hiciera constar

en el Acta como satisfaccion á sus autores, que la Académia reconocia mayor mérito en dos de las Memórias que en las restantes; mas como esta distincion, por una parte, no podia recabar honra alguna para sus autores, puesto que sus nombres habrán de permanecer ignorados, y por otra se salia la Académia de las bases publicadas para el Certámen, se acordó no hacer distincion alguna, por más que naturalmente alguna diferencia exista en los diversos trabajos presentados sobre este primer tema.

»Procedióse en seguida á leer las composiciones que á juicio de la Seccion son acreedoras á prémio y *accésit* en el segundo tema.

»La Académia acordó sin discusion y por unanimidad conceder el prémio donado por los Sermos. Sres. Infantes Duques de Montpensier á la composicion en Décimas que lleva por lema: *Glória y Martirio.*

»Respecto á la Oda cuyo lema es: *Dolor fecundus*, y á los Tercetos que tienen por lema: *En un lugar de la Mancha....* hizo presente el Sr. Velilla que no se hallaban en el mismo caso, y que siendo en su juicio la Oda una composicion clásica, correctamente escrita y que abundaba en magníficos pensamientos, la consideraba muy superior á los Tercetos, en los que notaba mayor número de defectos que en la Oda, no pareciéndole justo que dos composiciones desiguales en mérito obtuvieran el mismo premio. Los Sres. La Sota, Asensio, Bueno, Márquez y otros Sres. Académicos hicieron uso de la palabra aprobando unos y combatiendo, otros algunas de las apreciaciones del Sr. Velilla.

»Puesto á votacion por partes se acordó por unanimidad conceder un primer *accésit* á la Oda cuyo lema es *Dolor fecundus*, y por ocho votos contra siete un segundo *accésit* á los Tercetos que llevan por lema: *En un lugar de la Mancha....*

»Abiertos los pliegos que contenían los nombres de los autores de estas Poesías, resultó ser autor de las Décimas que han obtenido el premio, el Sr. D. Federico García Caballero; de la Oda distinguida con el primer *accésit* el Sr. D. Eloy García Valero, y de los Tercetos que obtuvieron el segundo *accésit*, el Sr. D. Juan Antonio Cavestany.

»Pasando la Academia á tratar de la parte del dictámen que se refiere al tercer tema, y despues de leer la leyenda titulada *El Verdugo de Tablada*, cuyo lema es: *Tal se llama justiciero, que debiera llamarse ajusticiador*, manifestaron los Sres. Asensio y Márquez que en su sentir esta leyenda encerraba bellezas literarias de primer órden que la hacian digna de obtener el premio ofrecido por la Académia, no aceptando esta responsabilidad alguna por el juicio que en ella se emite sobre un Rey tan popular en Sevilla.

»Despues de una ligera discusion acordó la Académia conceder el prémio á esta leyenda, por unanimidad de los señores presentes, habiéndose abstenido de votar los señores Rios y Solís, que pidieron que constára así en el acta. Abierto el pliego que contenía el nombre del autor de la Leyenda *El Verdugo de Tablada* resultó ser el Sr. D. Federico García Caballero.

»Acto seguido quemáronse los demás pliegos, con las puertas del Salon de Sesiones abiertas y francas, para que el público pudiera presenciar la operacion.»

Terminada la lectura del acta, el Excmo. Sr. Director leyó un Discurso encaminado á celebrar al Príncipe de los Ingénios Españoles, en el cual consagra un sentido recuerdo á la ilustre novelista, conocida bajo el pseudónimo de *Fernan Caballero,* que la muerte acaba de arrebatar de entre nosotros, y á nuestro inolvidable Director el Sr. Fernández

Espino; presenta el magnífico cuadro de la grandeza y poderío de nuestra pátria en su gran Siglo de oro; reivindica la parte altísima que á España corresponde en la civilizacion y cultura modernas, y enumera los guerreros españoles que en aquel entónces fueron al propio tiempo escritores y poetas insignes, para venir á cerrar tan espléndida galería con el nombre inmortal de Cervántes; Discurso que, como tambien unas Décimas en honor suyo, con que hubo de terminarlo, mereció la justa aprobacion de todos los concurrentes á este solemne acto.

Concluida la lectura del Discurso, el Sr. Don Juan José Bueno, á invitacion del Excmo. Sr. Director, leyó las Décimas de D. Federico García Caballero, que habia obtenido el premio donado por el Sermo. Sr. Duque de Montpensier, recibiendo el Sr. García Caballero, al terminarse aquéllas, la credencial de su premio de manos de S. M. la Reina Madre.

Leyeron despues sus composiciones declaradas dignas de *accésit* los Sres. D. Eloy García Valero y D. Juan Antonio Cavestany, recibiendo igualmente sus respectivas credenciales de S. M.

Seguidamente el infrascrito Secretario 1.º dió lectura á la leyenda *El Verdugo de Tablada,* del Sr. García Caballero, que habia obtenido el premio de la Académia, pasando el poeta laureado á recibir su credencial de las Reales manos. Se distribuyeron entre los concurrentes ejemplares impresos del discurso y poesías leidos, con lo cual, prévia la vénia correspondiente de S. M., levantó el Excmo. Sr. Director la sesion de que certifico, firmándolo con dicho Señor.

El Director,	*El Secretario 1.º*
FERNANDO DE GABRIEL Y RUIZ DE APODACA	EMILIO MÁRQUEZ VILLARROEL

DISCURSO

DEL

Excmo. Sr. D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca

DIRECTOR DE LA ACADEMIA

LLERO, admirábala como Novelista inimitable, véome, sin embargo, obligado, por el deséo, para mí honrosísimo, de esta Real Academia, á llevar su voz en la solemnidad presente; encargo, si en todos los casos muy superior á mis fuerzas, hoy más que nunca difícil, atendidas las razones que acabo de exponer y que me vedan desempeñarlo debidamente.

¡Viviera mi antecesor dignísimo en la Direccion, que harto más que yó merecía, de la Academia! ¡Viviera mi amigo del alma Fernández-Espino, y con su rara erudicion, y con su conocimiento profundo de la Literatura española, de que era sábio maestro en la esclarecida Universidad hispalense, y con su galanura en el decir, triunfára sin duda alguna de tantos obstáculos, y entretuviera agradablemente y con gran provecho á este ilustrísimo auditorio, como yá en igual solemnidad tuvo ocasion de hacerlo años pasados! Pero la muerte, siempre implacable, lo arrebató tambien, no há mucho, á nuestro cariño y al lustre de esta Académia, y forzoso se hace que séa yo quien en este momento llene, aunque imperfectamente, un lugar, que de manera tan cumplida y con autoridad tanta hubiera él señoreado.

En la necesidad, pues, imprescindible de dirijir al ménos algunas palabras á quienes tan benévolamente me escuchan, sírvame de excusa, para la brevedad y escasa valía de las que pronuncie, de una parte mi insuficiencia; de otra cuanto he manifestado que viene hoy á aumentarla; de otra, finalmente, hasta la circunstancia de alzar mi voz para referirme al Príncipe de nuestros Ingénios, cuyo elogio fatiga há cerca de siglo y medio las prensas de las naciones todas, y sobre quien tanto se ha dicho, comentado y hasta delirado, que no otra cosa que esto último acaba por acontecer, cuando siempre y á tal punto se fija rebusca-

damente la atencion sobre un asunto mismo; y de alzarla en inusitadas condiciones, teniendo ante mis ojos la Majestad augusta de la Madre, siempre por mí venerada, de nuestro excelso Monarca, y los altos respetos, tambien debidos, á sus egrégios hermanos los Serenísimos Señores Infantes Duques de Montpensier.

Esto significado, y entrando yá á cumplir con la obligacion ineludible que sobre mí pesa, he de fijar para ello la vista en determinado y gloriosísimo período de la história pátria, cuya contemplacion, si és para todos sobre manera interesante ofrece aún mayor interés para quien, como yó, nó las Letras sino las Armas, tuvo por primitivo y profesional ejercicio; y ha de llevarnos además, como de la mano, á tributar el homenaje que hoy nos proponemos rendir, y para lo cual nos hemos reunido en este sagrado recinto, donde por especial coincidencia, y al paso que se elevan fervorosas preces á Dios Omnipotente, descansan en artísticos mausoléos no sólo hijos propios ó adoptivos de este privilegiado suelo, insignes en las Letras, sino otros no ménos insignes que alcanzaron renombre eterno con las Armas.

¡Época de verdaderas maravillas es la que cupo en suerte á nuestra España al espirar la Edad Media y correr la primera centuria y áun gran parte de la segunda de las que constituyen la Edad Moderna! Desde el advenimiento al Trono de los Reyes Católicos, á quienes debe la Monarquía española, propiamente dicha, su formacion, hasta que en el reinado de Felipe IV palidece decididamente nuestra ántes tan esplendorosa estrella, y sucumben, aunque con glória altísima, en los campos tristemente famosos de Rocroy, aquellos temidos tercios, aquella hasta entónces invencible infantería que amaestraron y rigieron los Gonzalos y los Léivas, los Albas y los Requesens, los Austrias y los Farnesios, los Spínolas y los Fuentes, es tal la suma de hazañas que ilustra nuestros anales,

tal el brillo de nuestras letras y nuestras artes, tal la profundidad de nuestra ciencia, tal el número y la grandeza de los varones eternamente memorables á quienes todo esto es debido, que la imaginacion más acalorada y fantástica puede apénas concebir y mucho ménos abarcar tantos prodigios!

España era literalmente entónces la primera nacion del mundo, y pasma, y asombraría, si no se parase mientes en la instabilidad de todo lo humano, que viniera á caer, no mucho despues, en el abatimiento y la impotencia que fueron patrimonio de los sucesores de aquellos que tan alto habian elevado el nombre y el poderío de la Señora de dos Mundos.

Ante este espectáculo un escritor militar, tambien, como yo, artillero, queriendo volver por el buen nombre de la pátria y por los fueros de la verdad y de la justicia, exclama elocuentemente al dar principio á su *Memorial Histórico* del Cuerpo en que servía:

«Cuando en el siglo XVI y principios del XVII retumbaba la Artillería Española desde Flándes hasta Chile, todo se hacía á la española. La lengua de moda era la castellana. La ciencia de la guerra se aprendía por la *Teórica y Práctica* de D. Bernardino de Mendoza y el *Perfecto Capitan* de D. Diego de Álava. La navegacion se estudiaba en Francia por el *Arte de Navegar* de Pedro de Medina, y en Inglaterra por el *Breve Compendio de la Esfera y Arte de Navegar* de Martin Cortés. En París pasaban por los mejores matemáticos los españoles Álvaro Tomás, Pedro Cornel y Martin Silíceo. En toda Europa resplandecía la erudicion de nuestros historiadores y el vuelo de nuestros poetas, y se admiraba, sin poder imitarlo, el arrojo de nuestros primeros navegantes Pinzon, Ojeda, Elcano y Urdaneta.

»Pero aquella agigantada Monarquía fué perdiendo su poder, y los extrangeros que, aunque humildes miéntras

vencidos, se habian mantenido siempre envidiosos, viéndonos débiles, nos trataron de ignorantes.

»La glória militar de Gonzalo de Córdoba, de Pedro Navarro, de Antonio de Léiva y del Duque de Alba fué tratada de vandalismo. El valor y la constancia sin ejemplo de Cortés y Pizarro se tuvieron por crueldad y supersticion. Se nos acusó de corruptores de la literatura. Se llamaron bárbaras nuestra poesía y nuestra história. Los viajeros describieron á España como el país de los Hotentotes, pintándonos estúpidos y sin crianza, pobres, puercos y celosos. Los geógrafos hicieron desaparecer de los mapas los nombres españoles, que pusieron nuestros marinos para consignar la fama de sus descubrimientos. Los juristas tacharon de despóticas é inciviles á nuestras leyes, objeto seguramente en que estábamos adelantados á ellos algunos siglos: y, en fin, tan ruda y porfiada persecucion sufrieron nuestros conocimientos y nuestras glórias, que, como en prueba de la inutilidad española, se hizo pasar hasta el dia por frase favorita la insultante mentira de que *el África llega hasta los Pirinéos.*»

Así se expresa D. Ramon de Salas, con razon harta y con patriótica y calurosa indignacion. Apartando nosotros los ojos de la última parte del cuadro que tan concisa, pero tan magistralmente describe, y fijándolos sólo, como yá empezamos á hacerlo, en la primera, que es lo que ahora cumple á mi intento, digamos con él que entónces todo se hacía á la española; y asombrémonos de que haya pretendido negarse á la nacion descubridora de un Nuevo Mundo; á aquella á quien exclusivamente se debió en lo humano que el Catolicismo no desapareciera de la haz de la tierra á los embates de la Reforma protestante, y que el Cristianismo todo no pereciese despues al empuje de la Media-Luna en las aguas de Lepanto; á aquella que fué madre fecunda de tantos

artistas y poetas, de tantos escritores y sábios, haya pretendido negársele, repito, toda influencia en la civilizacion y cultura de la humanidad: primero en el pasado siglo por un escritor que dió motivo á la justa defensa de nuestra pátria hecha por Denina y por Forner; más tarde, en nuestros propios dias, y esto causa aún mayor asombro, tenida en cuenta la autoridad misma de la persona, por un hombre tan eminente como Mr. Guizot.

Felizmente la história no puede borrarse, ni en último término desconocerse. Ella pregonará siempre nuestra grandeza sin rival ni ejemplo, en el siglo de oro de nuestra pátria; y, ¡cosa verdaderamente peregrina, y que es la que me propongo consignar una vez más en estos desaliñados renglones! en ella tienen parte tan alta nuestros soldados, que no sólo se les deben los triunfos increibles alcanzados por su acero en todos los campos de batalla del mundo, sino que la fama literaria de España, no ménos elevada y grande, conquistada en aquel entónces; esa fama por donde aún vive el nombre español en la esfera del sentimiento y de la inteligencia, cuando yá no queda apénas ni la sombra de su poderío y hasta para la presuntuosa generacion extrangera contemporánea, casi puede decirse que no ha existido nunca, tambien á soldados españoles es debida.

No yo, esa misma imparcial história á quien ántes he apelado lo consigna en sus veraces é imperecederas páginas. Todos lo sabéis. Ilustran y publican, para perpétua enseñanza, los gloriosos hechos de sus mayores y de sus coetáneos, guerreros tan valerosos como D. Diego Hurtado de Mendoza, el Conde de Osona y D. Francisco Manuel de Melo, y sus histórias de la Guerra de Granada, de la Expedicion portentosa de Aragoneses y Catalanes contra Turcos y Griegos, y de los Movimientos, Separacion y Guerra de Cataluña, son clásicos modelos que obra alguna ha oscurecido todavía ni

oscurecerá nunca; como tampoco oscurecerá jamás la justa reputacion de que gozan tambien entre los doctos los escritos históricos de D. Luis de Avila, de Gonzalo Fernández de Oviedo, de D. Bernardino de Mendoza, de D. Cárlos Coloma, de Francisco Verdugo y de otros muchos. Pulsan la lira con tal ternura é inspiracion tanta unos, con tanta gracia otros, con fuego y energía tan inusitados algunos, que los nombres y las poesías de Garcilaso de la Vega, aclamado Príncipe de los Poetas Españoles; Acuña y Figueróa, apellidados ámbos *divinos;* Boscan, el mismo Hurtado de Mendoza, Castro, Aldana, Rey de Artieda, Zárate, Baltasar del Alcázar, Gutierre de Cetina, el Conde de Rebolledo, el Príncipe de Esquilache y otros ciento vivirán tanto como viva la lengua castellana, que á tal punto contribuyeron á fijar y engrandecer. Rayan más alto en lo épico Alonso de Ercilla principalmente, Juan de Castellanos, el capitan Espinosa y Cristóbal de Virués, que poeta alguno español, y cuenta que el primero, que de todos se diferencia grandemente, escribía en sus robustas, entonadas y sentenciosas octavas cada noche, sobre el campo mismo de batalla, y hasta en pedazos de cuero, y en fragmentos pequeñísimos de papel, nó en el sosegado retiro y en la comodidad de su gabinete, las proezas que cada dia se realizaban ante sus ojos y en que muchas veces era él mismo actor principalísimo, por más que su verdadera modestia se opusiese á la celebracion de sus propios hechos. Elevan á su vez el Teatro español á un punto á donde no ha llegado ni llegará otro alguno, dos verdaderos génios, ámbos aguerridos soldados y cuyos nombres basta pronunciar para que todo elogio sea pálido, toda alabanza fría, toda ponderacion de su mérito inferior á la realidad: refiérome ¿hay acaso necesidad de decirlo? al que como nadie ha presentado en la escena el tipo arrebatador y delicado de la dama castellana: á quien tambien como nadie supo pintar

el caballero español, modelo acabado de toda hidalguía: á Lope de Vega y Calderon.

Resta sólo poner digno término y remate á esta enumeracion gloriosísima, que prueba cómo entre nosotros, en esta España, ántes tan temida y hoy tan vilipendiada, y entónces y ahora, por todo esto mismo, más querida para nosotros de quienes es Madre dulcísima, siempre las Armas y las Letras fueron cariñosas hermanas, y cómo aquí, segun yá dijo en el siglo XV otro guerrero y poeta preclarísimo, el Marqués de Santillana, *nunca la sciencia embotó el hierro de la lança nin fizo floxa el espada en la mano del cavallero;* resta sólo, repito, terminar con un nombre que en sí encierra toda la glória literaria de España: con el nombre *del escritor alegre, el regocijo de las Musas*, *el Manco sano, el famoso todo,* como hubo acertadamente de calificarlo el Estudiante, cuyo encuentro nos refiere en el Prólogo del Persíles; con el nombre del Soldado inmortal, cuya muerte conmemoramos hoy; con el del PRÍNCIPE DE LOS INGÉNIOS ESPAÑOLES, MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA.

Cierra él con llave de oro esta portentosa galería, cuya evocacion ha sido el objeto de mi discurso para venir á este término, y no he de añadir yo nuevos laureles á su frente nobilísima, de ellos tan rodeada, extendiéndome en un elogio suyo innecesario, cuando el mundo todo lo ha hecho yá, á porfía, objeto de sus alabanzas; ni ménos he de procurar adquirir fama de sutil ni de ingenioso atribuyéndole designios y alambicamientos que, á mi juicio, nunca tuvo, y que él tampoco quiso que se le atribuyeran. Sería desvirtuar el mágico efecto que la sola enunciacion de su nombre y el solo recuerdo de su glória, nunca igualada por escritor alguno de ningun siglo ni país, suscitan en cuantos tienen un corazon bien templado y abiertos sus ojos á la luz de la inteligencia. Nó; el novelista sin rival en el orbe literario; el escri-

tor de una obra que es de todos los tiempos y de todos los pueblos, y que, como él mismo profetizó, ofrece igual encanto á los niños, que á los mozos y á los ancianos, pues no hay nadie, cualesquiera que sean su edad, su condicion, el estado de su ánimo y sus aficiones, que no encuentre atractivo particular en su sazonada lectura, como que en ella alternan y se suceden con facilidad pasmosa lo grave y lo festivo, brota la risa de las lágrimas y de las lágrimas la risa, lo ideal llega á lo sublime y la realidad es la verdad misma, los caractéres y las costumbres hállanse pintados de mano maestra, suspenden y encantan las descripciones, los pensamientos son altísimos y honrados, laudables sobre todo encarecimiento los propósitos, el conocimiento del corazon humano profundísimo, dando por resultado que los tipos y las pasiones que en el libro se agitan no puedan nunca morir, y que de cada línea surja naturalmente y sin esfuerzo alguno, como de manantial purísimo clara y fertilizadora corriente, una sentencia ó una enseñanza de aplicacion perdurable, hija no de una omniscencia universal, sino de un espíritu observador y reflexivo, de una larga experiencia duramente adquirida en los infinitos lances y vicisitudes de una existencia por demás azarosa, y del maravilloso poder de intuicion sólo al génio reservado; el autor, en fin, de *El Quijote*, aquel por quien la gallarda, la sonora, la expresiva y magestuosa lengua de Castilla, se llama y llamará siempre la lengua de Cervántes, no ha menester de mi pobre aplauso. Todos vosotros se lo tributáis en este instante de lo íntimo de vuestra alma y de lo más profundo de vuestro corazon, harto más valiosa si no más entusiasta, y tan sincero y ardiente como pudiera serlo la expresion del mío.

Y al tributárselo, no lo hacéis ciertamente sólo al escritor eminentísimo, se lo tributáis tambien al varon fuerte, al pundonoroso caballero, al soldado herido en Lepanto, al que si-

guió despues con honra no menor las invictas banderas del gran Marqués de Santa Cruz; al cautivo de Argel, que aherrojado y desde el fondo de su calabozo hacía estremecer á sus tiranos y hasta les inspiraba consideracion y respeto; á aquel, por último, á quien basta para amar, leer las líneas que en el prólogo de su segunda parte del *Ingenioso Hidalgo*, dedica á vindicarse, con tanta dignidad como dulzura, y con los más sentidos acentos, de los destemplados é injustos ataques de que le había hecho objeto el falso Avellaneda en su Quijote.

No me es dado resistir al deséo de recordarlas en este lugar, trasladándolas punto por punto en su parte más pertinente, y créo así hacer el mayor elogio de Cervántes que cabe en lo posible, tal y tan grande es el que de sus propias palabras se desprende en honor suyo:

«Válame Dios, y con cuánta gana debes de estar esperando ahora, lector ilustre, ó quier plebeyo, este prólogo, creyendo hallar en él venganzas, riñas y vituperios del autor del segundo Don Quijote: digo de aquel que dicen que se engendró en Tordesillas, y nació en Tarragona. Pues en verdad que no te he de dar este contento: que puesto que los agravios despiertan la cólera en los más humildes pechos, en el mío ha de padecer excepcion esta regla. Quisieras tú que lo diera del asno, del mentecato y del atrevido; pero no me pasa por el pensamiento: castíguele su pecado, con su pan se lo coma, y allá se lo haya.

»Lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, ó si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, y no en la más alta ocasion que vieron los siglos pasados y los presentes, ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los

ojos de quien las mira, son estimadas á lo ménos en la estimacion de los que saben dónde se cobraron: que el soldado más bien parece muerto en la batalla, que libre en la fuga: y es esto en mí de manera, que si ahora me propusieran y facilitáran un imposible, quisiera ántes haberme hallado en aquella faccion prodigiosa, que sano ahora de mis heridas, sin haberme hallado en ella. Las que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas son que guían á los demás al cielo de la honra, y al de desear la justa alabanza: y háse de advertir, que no se escribe con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años.

»He sentido tambien que me llame envidioso, y que como á ignorante me describa qué cosa séa la envidia, que en realidad de verdad de dos que hay, yo no conozco más que á la santa, á la noble y bien intencionada: y siendo esto así, como lo es, no tengo yo de perseguir á ningun sacerdote, y más si tiene por añadidura ser Familiar del Santo Oficio; y si él lo dijo por quien parece que lo dijo, engañóse de todo en todo, que del tal adoro el ingenio, admiro las obras y la ocupacion contínua y virtuosa.»

Así Cervántes, así aquel varon verdaderamente justo, así aquel soldado valentísimo, así aquel génio incomparable.

Permítaseme ahora á mí para terminar, y sólo como desahogo poético, y como doble y respetuoso homenage al soldado y al escritor, reproducir á continuacion las Décimas que en el seno de esta Academia, y cuando por vez primera, hace yá algunos años, quiso rendírsele, si bien no en la forma actual, el debido tributo, tuve ocasion de consagrarle. Cinco años son para la generacion presente lo que para nuestros mayores toda una centuria. El vapor y la electricidad de una parte, condensando los acontecimientos, y haciéndonos vivir mucho en breve tiempo, y nuestra índole desdeñosa y olvidadiza de otra,

producen este resultado. Tendrán, pues, para no pocos el mérito único que pueden tener, el de la novedad; máxime habiendo introducido yo en ellas posteriormente alguna ligera variante, y hasta alguna estrofa, entónces, por lo tanto, no leida. En tal concepto se me ha expresado, por alguien muy autorizado que me escucha, el deséo de que las reproduzca.

Hélas, pues, aquí:

Á CERVÁNTES

Entre las revueltas olas
Del hondo mar de Lepanto,
Al viento el Lábaro santo
Dan las naves españolas.
Flámulas y banderolas
En topes y entenas largan,
Y al par que las velas cargan,
Enmendándose á porfía,
Retumba la artillería
Y al Turco de horror embargan.

Súbito una trompa suena
Y de hinojos prosternados
Alzan á Dios los soldados
Plegária de fervor llena.
Gallarda luégo y serena
Velocísima fragata,
Que la flota entera acata,
De su centro se desprende
Y á su paso el agua enciende
Que en su cristal la retrata.

Allí vá el hijo inmortal
Del gran César Cárlos Quinto,
Cuyo acero en sangre tinto
Verá el Infiel por su mal.
De silencio hace señal,
Y hasta los más alentados
Sienten sus brios doblados
Oyendo del lábio augusto
Cuán noble, cuán grande y justo
Es lidiar como esforzados.

Hora de nuevo la suerte
Del mundo torna á jugarse,
Y vá la Barbárie á hallarse
De España ante el muro fuerte.
Alzanse del polvo inerte
El Cid, Gonzalo, Guzman,
Y al contemplar á DON JUAN
Y aquella potente Armada,
Ven su aspiracion colmada:
¡Por siempre hundido el Islam!

Tremendo estalla el combate,
Y en la galera *Marquesa*
Parte demanda en la empresa
Jóven que la fiebre abate.
En vano pretende acate,
El Capitan, su mandato,
Que el mozo, en noble arrebato,
Dice que morir es ley
Por su Dios y por su Rey,
Y fuera, no hacerlo, ingrato.

Luchando como un Lëon,
De propia sangre cubierto,
Cae al fin.... ¿Acaso ha muerto
En tan gloriosa ocasion?
Oh nó! para admiracion
Perpétua y gozo profundo
Su génio inmenso, fecundo,
Aún un libro ha de escribir,
Y por él ha de vivir
Cuanto España y cuanto el mundo.

COMPOSICIONES POÉTICAS

SEGUNDO TEMA

UNA COMPOSICION LÍRICA

EN LOOR

DE MIGUEL DE CERVÁNTES

Á Cervántes

Glória y martirio.

Cubierta ya de laureles,
cruzó el mar la Pátria mia,
y un mundo, al volver, traia
á remolque en sus bajeles.
No quiso en luchas crueles,
dignas de eterna memoria,
hacer más grande su histório
ni alcanzar timbres de guerra:
buscaba espacio en la tierra
para escabel de tu glória.

Ya la empresa coronada,
el soberbio castellano
del uno al otro Oceáno
tendió vencedor la espada;
y Dios, al mirar formada
pátria digna de gigantes,
sus brazos alzó triunfantes
diciendo:—«Hagamos un hombre
tal, que á los siglos asombre»—
y naciste tú, Cervántes.

Pobre techo, humilde cuna
te empezaron á enseñar
que no marchan á la par
el ingénio y la fortuna.
Cumplióse en tí, cual ninguna,
la ley que Cristo al venir
quiso el primero sufrir:
el que la glória ha de ver
halla un establo al nacer
y una cruz para morir.

España, que se extravia
siempre en pos de grandes cosas,
soñó histórias portentosas
de andante caballería.
Llegando á pedir un dia
á su ingénio más activo
de algun paladin altivo
hazañas dignas de espanto,
—«Yo—respondiste en Lepanto—
las hago, no las escribo.»

Mas ¡ay! de la suerte ingrata
la mano implacable y dura
cuando es mayor tu bravura
con más saña te maltrata.
Porque tal vez, insensata
la tierra, al verte se asombre
y rinda culto á tu nombre,
con un dolor sin segundo
quiso Dios mostrar al mundo,
Cervántes, que eras un hombre.

Pues tan estrecho se anida
con lo humano el padecer,
que viene junto á nacer
el llanto con nuestra vida.
Por ley del cielo cumplida,
es dolor cuanto es sentir.
¡Bien pudo el mundo advertir,
por lo amargo de tu mal,
que eras de carne mortal,
ya que ser hombre es sufrir!

Y, cuando asombrado oyó
en tus lábios un quejido,
de ensalzarte arrepentido
con desden te rechazó.
¡Nunca el hombre comprendió
glórias que parecen sueño;
y en demostrar tiene empeño
que no es tan grande y profundo
quien cabe dentro del mundo
siendo el mundo tan pequeño!

Hoy una tumba te encierra
y eres pasmo de la Fama,
que sólo por grande aclama
lo que no muere en la tierra.
Siempre con la dicha en guerra
tu vivir fué padecer.
¡Ay! no vuelvas á nacer;
que aumentará tu dolor
verte hoy tan digno de honor
y tan despreciado ayer.

¡Libro de grandeza suma
ha de ser el que la vida
del hombre muestra esculpida
por el cincel de tu pluma!
Tal vez ninguno presuma,
al darle tan alto precio,
lo inmenso de tu desprecio
que, teniendo el mundo en poco,
al que no tilda por loco,
suele escarnecer por necio.

¡Qué dulces consuelos vierte
ese tu libro inmortal,
dejando locura y mal
en el dintel de la·muerte!
Así triunfó de la suerte
tu fé, por cristiana, ciega;
y al caer en la refriega
tu labio fiel murmuraba:
—«¡Vida; locura que acaba!
¡muerte; la luz que nos llega!»

A tal esperanza asido
caminaste por el suelo,
la vista fija en el cielo
cual navegante perdido;
y el cielo, siempre escondido,
entre su negro capuz
mostraba el rayo de luz
que ibas con afan buscando,
siempre de rumbo cambiando,
siempre cambiando de cruz;

Pues la suerte más airada,
tras mecerte en pobre cuna,
noble, te negó fortuna,
soldado, rompió tu espada;
vióse la fama ultrajada
por la envidia más rastrera.
¿Qué contra tí no emprendiera,
si pudo lograr, al cabo,
poner los hierros de esclavo
al que á ser grande naciera!

Y lo fuiste á su pesar;
que, perdiéndote al morir,
despues de tanto reir
empezó el mundo á llorar.
Hoy tu nombre para honrar,
mármoles labra sin cuento,
y vierte tu pensamiento
en todo humano lenguaje,
porque á do llegó el ultraje
llegue el arrepentimiento.

Himnos de entusiasmo canta
cuando tus glórias pregona,
y allí pone una corona
donde pusiste la planta;
núnca á tu sien la levanta,
pues, siendo del génio fuente,
más alto honor no consiente;
y al ceñirla de laurel,
en vez de honrarla con él,
honrára al laurel tu frente.

Hoy que acabó tu existencia,
te ofrecen de amor señales,
con las Magestades reales,
los Príncipes de la ciencia.
A tan alta inteligencia
aplauso rinden sus manos;
á par de los Soberanos
te elevan por justa ley,
que tú tambien eres Rey
y los Reyes son hermanos.

Nadie comprendió, quizás,
tu grandeza, en esta esfera,
como la pátria de Herrera
que hoy te ensalza una vez más.
Si en ese mundo en que estás
hay de la tierra memória
y quieres seguir la história
de tu paso por el suelo,
rasga el pabellon del cielo
para contemplar tu glória.

FEDERICO GARCÍA CABALLERO.

A Miguel Cervántes

ODA

Dolor fecundus

Nó en el florido lecho
De regalada placentera vida,
El génio despertó, que sólo al golpe
Del infortunio y del dolor herida,
El alma vuelve sobre sí, y gigante
Del estupor ocioso se levanta;
Como en chispa vibrante centellea,
Al rudo choque, el sílice dormido
Y el silencioso plectro, sólo canta
Por entusiasta exaltacion herido.
No de otro modo, tú, Miguel insigne,
Al par que á la natura,
Al infortunio que tu vida envuelve
Debiste el génio asombrador del mundo;
Que del raudal sereno que desliza,
Por el cáuce profundo,
Entre bordadas plácidas riberas
Su ancha linfa de plata,
Apéna el eco bullidor se siente,
Miéntras canta el torrente
El himno de la hirviente catarata.

Guardar dentro del alma
Culto perpétuo al bien; soñar el cielo,
Cuando en perenne anhelo
Roba el dolor la suspirada calma;
Concebir en su espíritu afanoso
Mundo de luz, entre la densa bruma
Que su vida envolvió; dar generoso,
En cambio de miserias y dolores
Con que la necia ingratitud le abruma,
El singular, irónico poema,
En cuya forma, sin igual, se esconde
El constante dualismo de la vida;
La idealidad del alma generosa,
Y el límite grosero del sentido,
Donde musa donosa,
Con la risa encubrió triste gemido.
Así Cervántes fué; la Providencia
Animadora del hispano aliento,
Condensó en pensamiento,
Del vate, en el ingénio peregrino,
La colosal gigante prepotencia
Que la España alcanzó; como el marino,
De vasta inteligencia soñadora,
Dejó á su pátria mundos ignorados,
Vírgenes bosques, mares infinitos,
Que aún de los siglos el saber esplora;
Y si los héroes de la pátria mia
Dieron á su corona la esmeralda,
Cuando el mar vasallaje le rendia,
De Cervántes el génio sin segundo
Daba á España, en sus tríunfos arrogante,
De su diadema el fúlgido diamante,
Astro de luz fascinador del mundo.

Humilde el vate, en su genial grandeza,
No se inspiró en la múltiple injusticia
De natura y los hombres, y el despecho
No abatió, con el tédio y desencanto,
El esforzado aliento de su pecho
Ni de su génio actividad fecunda;
Y el oscuro soldado, luz de España,
Pudo dar á su pátria, por tributo
De su entusiasta amor y fé profunda,
De su almo génio el portentoso fruto;
Y á más su sangre, que en Lepanto vierte
Con heróica bravura
Mutilado robándose á la muerte,
Para llorar perenne desventura.

Los siglos pasarán: del pátrio suelo
Los campos y ciudades,
Trocar bien puede, vengador el cielo
En yermas soledades;
Pero tu nombre augusto,
Tu leyenda, tu hidalgo, y tu escudero,
Inmortales serán, y eternizada
De ellos al par, la castellana lengua
En sus sabrosas pláticas usada:
Que el Cid y los gloriosos capitanes
Que el honor español alzaron tanto,
No dieron á la pátria agradecida,
Eterno honor, y perdurable vida,
Como el pobre soldado de Lepanto.

Miéntras la noche del pasado oscura
Más y más á Cervántes nos aleja,
Los siglos agigantan su figura;

Mírale nuestro espíritu extasiado,
Por mágica ilusion esclarecido,
En pedestal inmenso colocado,
Que le alzaron las glórias españolas
Sublimadas por él; su diestra mano
La espada ostenta y la donosa lira,
En más gloriosas lides vencedora
Que el acero inhumano;
En su mirada, que piedad respira,
Serena como el cielo donde mora,
Del génio y del cristiano se reflejan
Caractéres augustos; de sus lábios
Beso de amor á nuestra pátria envia,
A quien debió el nacer y sus agravios;
Y en el divino ambiente en que se baña
Himno eterno de amor de su alma brota,
Y áun de su vida en el naufragio flota,
Un dulce nombre, España.

Como el cantor y el héroe de Arauco,
Como el cantor de Flérida apenado,
Fué guerrero tambien, y si gigante,
Miró España, á sus plantas subyugado
El Pacífico mar y el mar de Atlante,
Si por do quier que el luminar del dia
Los senos de la vida dilataba,
En su tenaz porfía
Dominios españoles encontraba,
Y si tras siglos de gigante lucha,
Incansable fortuna sonreia
Al valor español, y coronaba
La fé profunda que en su pecho hervia,
Si de tantas grandezas el portento

Con la ayuda de Dios España alzaba,
Cervántes, con su génio, las llevaba
A la vasta region del pensamiento.

. . . .

Sóbrio, sencillo, sin mirar perdida
Del corazon la juvenil ventura;
Sin par gracejo, insigne donosura,
En los más duros trances mantenida:
Para la muerte, que incesante estalla,
Desden sublime, natural olvido;
Intrepidez sin freno en la batalla,
Y amoroso perdon para el vencido:
Infatigable espíritu y aliento
En el trabajo abrumador y rudo;
Cantos de vida, animador contento,
Contra el temor invulnerable escudo:
Indomable valor, alma atrevida
De imposibles empresas vencedora;
Candorosa piedad, con que avalora
La religiosa fé que en su alma anida....
Así el pobre soldado:
Así el héroe ignorado
De aquella España inmensa y prepotente,
A quien vírgenes mundos se ofrecian
Para ceñir más láuros á su frente:
Así el manco sublime.
A estos timbres, unid el rico ingénio
Con que su heróica oscuridad redime,
Y el autor del Andante Caballero,
Tras sus duelos prolijos,
Gigante se alzará, como el primero,
De nuestra pátria, entre los grandes hijos:

Encarnacion suprema, eterna glória
Del génio entero de la pátria mia,
En la ocasion más alta de su história.
Por eso al consagrar mi humilde canto
Al vate insigne admiracion del Orbe,
Al heróico soldado de Lepanto,
Canto al par, la magnífica grandeza
De la pátria adorada,
Hoy de tan alto sólio descendida,
Con su gloriosa sangre redimida,
Y por su inmenso génio sublimada.
Vates, cantad; su ingénio peregrino
Os dió la forma en que cantais su glória,
Y su númen divino
Es el aliento de la pátria história.
Que la España inmortal del gran Cervántes,
Alcanzó, con el pasmo de su génio,
Tras sus luchas gigantes,
El cetro de los mundos y el ingénio.

Y tú, ilustre Miguel, si cuanto encierra
De noble y distinguido,
La rica hispana tierra
Hoy, al par de este suelo esclarecido,
Himnos en tu loor piadoso entona,
Es que la pátria mia
Su ominoso letargo sacudiendo,
Resucitar sus glórias ambiciona,
De tus augustas sienes recojiendo
De todas sus grandezas, la corona.

Eloy García Valero.

Á CERVÁNTES

En un lugar de la Mancha....

Al quererte cantar en mi locura,
el eco débil que mi voz levanta
es tan sólo, Cervántes, de amargura,

Es la expresion de mi entusiasmo santa,
mas la voz que elevar pretendo al Cielo
agoniza y se apaga en mi garganta,

Modulando al morir, con triste anhelo,
en vez de frases llenas de poesía,
gemidos de dolor y desconsuelo.

¡Ay! ¡Cuántas glórias de la pátria mia,
cuántos génios por todos admirados
en más lejano y venturoso dia,

Hoy yacen en sus tumbas sepultados,
como escombros de templos seculares
por la mano del tiempo derribados!

De las rugientes olas de los mares
que avanzan coronadas por la bruma
á estrellarse en las rocas á millares

Con ímpetu veloz ¿qué resta en suma?
¡Un eco que la brisa aleja ufana
y leves copos de rizada espuma!

Así sucede con la glória humana,
hoy le rinde tributo al varon fuerte
mas ¿quién sabe leer en el mañana?

Tal vez, por burla inícua de la suerte,
al varon de virtud no desmentida
le esperará el olvido con la muerte,

Y al génio que en el curso de su vida
sólo desprecios mereció del mundo,
le esperará la glória merecida.

Oh! Sí, Cervántes; con afan profundo
hoy tu infeliz España, que en su pena
lágrimas vierte de dolor fecundo

Y te saluda de entusiasmo llena,
redime su pasado con tributo
de llanto que sus ojos envenena.

¡Tarde, muy tarde, sí, viste de luto!
¡Pero bendito el árbol, si aunque tarde
llega á arrojar el anhelado fruto!

De prodigarte penas hizo alarde
amargando cruel tu vida inquieta,
mas hoy el entusiasmo en ella arde

Y su ventura, al fin, juzga completa
al ceñir á tu frente los laureles
del mártir, del soldado, y del poeta!

¡Ellos son de tu glória los más fieles,
y con ellos adornan tu pobreza
al retratar tu imágen los pinceles,

Que ellos son los que honrando tu cabeza,
hacen del mundo á la estension gigante
estrecho pedestal de tu grandeza!

Por la luz de la fé pura y brillante
iluminado en tu febril anhelo,
tu génio logró hallar, siempre arrogante,

Las alas que buscaba en su desvelo,
y con ellas alzándote del mundo
beber supiste inspiracion del Cielo!

Tú adelantaste con afan profundo
á tu siglo, que ciego caminaba,
sin comprender tu génio sin segundo

Y que tu justa glória te negaba;
mas ¿qué importa que no te comprendiera?
un siglo que á la vida despertaba,

Si este siglo que tanto le supera,
que atrás se deja el pensamiento mismo
del vapor con la rápida carrera,

Que de la ciencia en el profundo abismo
sabe hallar la verdad apetecida
y en fé trueca por fin su excepticismo,

Que traspone distancias sin medida
con una rapidez vertiginosa
tan sólo á la del rayo parecida,

Que orada la montaña magestuosa,
y habla, salvando leguas, siempre fuerte,
con la voz del telégrafo asombrosa;

Si este siglo que al fin tu génio advierte
y se tributa el láuro merecido,
es el siglo que empieza á comprenderte!

Tu nombre que en las sombras del olvido
tanto tiempo yaciera sepultado,
cual sol por nubes mil oscurecido,

Hoy yá, como torrente desbordado,
que en rio se transforma de torrente
y es por último mar alborotado,

De polo á polo lleva su corriente,
y tu ingénio grandioso y soberano
va publicando con afan creciente.

Todo poder contra tu glória es vano;
se fija cauce al desbordado rio
mas ¿quién opone un dique al Oceáno?

¿Quién vence de tu glória el poderío,
si ha alcanzado en el mundo tal valía
que trueca el entusiasmo en desvarío,

Y la España, la noble pátria mia,
que alcanzó las victorias arrogantes
de San Quintin, de Otumba y de Pavía

No cambia, nó, laureles tan brillantes,
por el laurel de inmarcesible glória
de ser la madre augusta de Cervántes!

¡Ésta es del génio la terrible história!
¡Hallar sólo desprecios en la vida
y legar á los siglos su memória!

Correr con ansiedad no desmentida
en pos de un ideal, de una esperanza
siempre soñada y nunca conseguida;

Ver con dolor que cuanto más se avanza
más aquel ideal huye y se aleja,
y convencerse, al fin, que no se alcanza;

Y entónces exahalando amarga queja
la esperanza al perder ¡nada hay tan triste
como el vacío que en el alma deja!

¡Pátria del corazon! Tú que le viste
cruzar la senda de dolores llena
que ante sus ojos sin piedad pusiste

Fija la vista en Dios, siempre serena,
y sin doblar la pensadora frente
bajo el peso infinito de su pena,

Tú, que fuiste á su glória indiferente,
un tiempo que pasó, y hoy te abandonas
su pérdida á llorar amargamente,

Vén, pues tanto sus tríunfos ambicionas,
y redimiendo tu anterior locura,
abruma sus estátuas con coronas;

Que yó, presa de horrible desventura,
al dejar de cantar, tan sólo acierto
á modular palabras de amargura,

Tristes palabras que en mi lábio yerto
brotan leves, confusas, vacilantes,
reflejando del alma el desconcierto;

Vén España, y con sones arrogantes
un himno inmenso de tu pecho brote;
vén, y conmigo dí ¡Glória á Cervántes!
¡¡Glória al autor insigne del *Quijote!!*

JUAN ANTONIO CAVESTANY.

TERCER TEMA

UN ASUNTO TOMADO DE LA HISTÓRIA

Ó DE LAS

TRADICIONES DE SEVILLA

El Verdugo de Tablada

Tal se nombra Justiciero *que*
debiera llamarse Ajusticiador.

I

EL REY BERMEJO

Sobre un caballo muy negro,
Con un alquicel muy blanco,
Y un ademán muy altivo,
Y un corazon muy bizarro,
Cabalga el rey de Granada
Bajo los copudos álamos
Que la orilla del Genil
Cubren con espesos arcos.

Sobre el almaizar de gasa,
Que mueve el viento jugando,
Luce damasquino almete,
Por una diadema orlado,
Cuyas perlas son más bellas
Sobre el acero brillando;

Qué está bien á una corona
Tener por cimiento un casco.
Triste va el rey de la Vega
Y, del peligro olvidado,
Deja correr á su potro
Por los senderos más ásperos,
Quedando entre los jarales,
Como señal de su paso,
Girones de la gualdrapa
De fino aljófar bordados.

En pos trescientos zenetes
Vuelan, al viento flotando
Capuces de sus marlotas,
Y de sus tocas los lazos.

Todo en noche tan serena
Saluda al rey con halago:
La luna en las fuertes golas
Quiebra vacilantes rayos;
El céfiro se solaza
Con el airon de los cascos,
Y el ruiseñor, que en los cármenes
Reina tambien soberano,
Con plañidera armonía
Entona dolientes cantos,
Á que contestan murmullos
De las hojas del naranjo.

¿Qué importa que el rey oculte
Sus pensamientos amargos
Si el rostro del hombre es puerta
Do se asoman los cuidados!

Hoy recuerda aquella noche
En que, rebelde vasallo,
La corona de Ismail
Asió con empeño tanto
Que trajo en pos la cabeza
Del vencido soberano.

Auxilio de tal valía
Al rey Don Pedro faltando,
De paces con Aragon
Hubo de firmar un pacto,
Y, del vasallo rebelde
Para vengar los agravios,
Embiste por la frontera
Sus castillos arrasando.
Alza pendon Mohamad,
El monarca destronado,
Y vencido el rey Bermejo
Siente en el alma desmayo.

En sangre fundó su trono,
Y hoy por la fuerza del hado,
Pues la sangre pide sangre,
Llega de su deuda el plazo;
Y, más que á Edriz Aben-Balva
Á su destino escuchando,
Corre á entregarse á merced
De quien, rey, nació villano.

En las sombras de la noche
Ve surgir á cada paso,
Como heraldos de su sino,
Aterradores presagios;

¡Que donde es juez la conciencia,
Levanta el pavor cadalsos!

Así traspone los cerros,
Y así cruza por los llanos,
Hasta que una voz potente,
Desde castillo cercano,
Vino á disipar sus sueños
«¡Alerta! ¡Alerta!» gritando.

Detiénense los ginetes,
Y se avanza á poco rato
El Frontero de Baena,
Del rey Don Pedro vasallo,
Gutier Gomez de Toledo,
Que ostenta sobre el tabardo
La cruz de Malta, cual cumple
Al Prior de Hospitalarios.

Oye afable al rey Bermejo
Y dice, tras de escucharlo,
—«Entrad, rey, en el castillo
Por mi honor asegurado,
Y cuando el cielo coloren
Del sol los primeros rayos
A Sevilla partirémos,
Que hasta allí quiero escoltaros.»

II

EL ALHAYTE DE LA MORA

Apénas solo el monarca,
Busca descanso en el sueño,
Más que á su cuerpo rendido,
Á sus tristes pensamientos.
Por virtud de cierta droga,
Prodigio de un hechicero,
Espera dulces visiones
Ni dormido ni despierto;
Pues, entre sueño y vigilia,
Cuenta los pasos del tiempo.
—«¿Vendrá? ¿Vendrá?—murmuraba;
»Tráiganla Dios ó el deseo,
»Que si mi dicha es soñada,
»Siempre las dichas son sueños.»

En una estancia vecina
Deslízase, á poco tiempo,
Un doncel de los que lleva
En su guarda el rey Bermejo.

Cuando la cota desciñe,
El alfareme, cayendo,
Suelta en ondas de azabache
Sobre la espalda el cabello;
Torna el agua en alabastro
Un semblante asaz moreno;
Encierra el talle flexible
En rico traje arabesco;

Ajorcas pone en sus brazos,
Y sobre el nevado seno,
Que con descuidos traidores
Guardan transparentes velos,
Prende un alhayte de aljófar,
Que tiene un balax en medio
Como sus ojos brillante,
Como sus lábios bermejo.

Llega del rey á la estancia,
Alzando tapiz espeso,
Con una guzla en la mano
Y un volcan dentro del pecho;

Siente, al mirarle dormido,
Como un vértigo sangriento;
Y, forzando una sonrisa,
Murmura quedo, muy quedo:
—«A hierro mató á mi padre
Y debe morir á hierro,
Mas no le coja la muerte
En el eden de los sueños;
Temblando, como un bandido,
Rinda al verdugo su cuello,
Y á Mohamad la corona
Que yo por juro le debo;
Pues se la quitó mi padre
Y devolvérsela quiero.»

Y, acariciando la guzla,
Arrancan tonos sus dedos,
Tristes como los suspiros,
Apagados como el miedo.

Semeja su canto arrullo,
Por lo callado y lo tierno,
Al murmurar esta trova
Que escucha el rey entre sueños:

«Despierta, rey de Granada,
»Que, en sus ardientes desvelos,
»La enamorada Jarifa
»Viene á buscarte en tu lecho;
»Todo duerme, todo calla,
»Vé cuál palpita mi seno,
»Y cuál brotan de mis lábios
»Con los suspiros los besos.
»Despierta, rey de Granada,
»Estoy sola y tengo miedo,
»Te traigo dichas y lloro,
»Me estoy abrasando y tiemblo.
»Vén á la luz de la luna
»Que, con sus rayos serenos
»Da en las sombras de la noche
»Dulce cuidado al misterio;
»Y en tus brazos arrullada,
»Embriagándome en tu aliento,
»Yo te enseñaré que hay dichas
»Que aventajan al deseo.
»¡Mas no me escuchas y duermes....;
»Guarde Alá tan torpe sueño!
»Cuando te despierte el alba
»Yo estaré léjos, muy léjos.
»De mi amor y tus desdenes
»Te dejo para recuerdo
»El alhayte que, encantado,
»Colgó una maga en mi cuello.

»Guárdalo, rey, por tu vida,
»Prenda de amor ó amuleto,
»Pues el que pierde esta joya
»Tiene que morir á hierro.
»Volveré á verte en Sevilla:
»No tardes, allí te espero.»

Calló la mora, y colgando
Del monarca sobre el pecho
Aquel alhayte de aljófar
Que tiene un balax en medio,
Salió de la régia estancia,
Y su disfraz recogiendo,
Entre la guarda morisca
Confundióse á poco tiempo.

Al primer rayo del alba,
Al añafil respondiendo,
Las castellanas trompetas
Dieron sus voces al viento.

Cabalga el rey de Granada,
Escoltado del Frontero;
Clava entrambos acicates;
Suelta de su potro el freno,
Y asiendo con ámbas manos
Un joyel que lleva al pecho:
—«Vuela, mi potro,—decia,—
»¡No era sueño, no era sueño!»

III

JOYA POR JOYA

Recibe el rey de Castilla
Afable á la córte mora,
Y ofreció zanjar el pleito
Que por armas se negocia
Entre los bandos que piden
De Granada la corona.

En la Judería Vieja
Aposento les otorga;
Y, al salir del real Alcázar,
Sobre la mullida alfombra
Caer deja un pergamino
Un zenete de la escolta.

Recójelo el rey Don Pedro,
Y ve, cuando lo desdobla,
Seis renglones que así dicen
En aljamía muy tosca:
—«Si es tan galan el monarca
»Como la fama pregona,
»Esta noche al dar la queda,
»Recatado por las sombras,
»Cruce á caballo la aljama
»Sobre el camino de Córdoba.»
Mucho le place al monarca
Esta cita misteriosa,
Pues de valiente se pica,

Y de rondador blasona,
Y apénas cierra la noche
Viste una ligera cota;
Cala un almofar de malla
Bajo la bordada gorra;
En un capellar se envuelve,
Que oculta récia tizona,
Y, requiriendo un caballo,
Vuela al camino de Córdoba.

Al penetrar en la aljama
El noble bruto reporta,
Y camina paso á paso
Sin recatarse en la sombra;
Que si el misterio interesa,
Ocultarse le sonroja.
De una casa no muy grande,
Mas cuyos muros adornan
Alicatados moriscos
Que noble vivienda abonan,
Por el ajimez más alto,
La luz de pálida antorcha
Baña, más bien que un semblante,
Un ensueño de Mahoma
Bello como la esperanza;
Dulce como las memorias.

Mira al rey y se sonrie,
Y, ante vision tan hermosa,
Estremécese el monarca;
Palpita un beso en su boca;
Siente agolparse en el pecho
Hirviendo la sangre toda,

Y como él trueca en verdades
Las ilusiones más locas—
Cuando como rey no manda,
Porque su valor le abona—
Abandonando el caballo;
Echando atrás, por si estorban,
De su capellar los pliegues,
Y requiriendo una broncha,
Arremete por la puerta
Que le defienden las sombras,
Aposentos del peligro,
De la traicion protectoras.

Sube, buscando un reflejo
De aquella luz de la glória,
Y en camarin recatado,
Como una perla en su concha,
Entre tapices de seda,
Sobre orientales alfombras,
Y reclinada en cojines
Bordados de oro y aljófar,
Halla á la sin par Jarifa,
La noble princesa mora.

Absorto el rey se detiene
¡Él que de nada se asombra!
Falta voz á su garganta,
Fáltale aliento á su boca,
Y extático esperaria
Allí la luz de la aurora
Si á tan dulce arrobamiento
No le arrancára, armoniosa,
Una voz que le saluda

Y al saludarle le nombra.
—Alá te guarde, Don Pedro;
—Pienso, por mi fé, señora,
Que yá no puede guardarme
Para venturas y glórias,
Pues quien á miraros llega
Harta bienandanza logra.
—De galan el rey se precia.
—Muy ménos que vos de hermosa.
—Dijérais mejor de triste.
—Mal dijera, por mi honra,
Pues sois, para mí, la dicha
Y en ella el dolor no mora.
—¿Vinísteis á enamorarme?
—Dijéronme que una joya
Se guardaba en esta casa
Digna de mi real corona.
—Mas pensad que no se vende.
—Todo, señora, se compra;
Y hay tal que al oro resiste,
Y por suspiros se logra.
—Largo sois en confianzas.
—Confianzas dan victorias.
—Humilde ha de ser quien pide.
—Siempre la humildad sonroja,
Y quien galardon pretende
No tasa en poco sus obras.
—Ved que, si os teneis en mucho,
Pediros han grandes cosas.
—Mal dijeran á ser chicas
Del valer de mi persona.
—¿Á prueba os dais?
—Dóime á prueba.

—Ved que os obligais.
—No importa.
—Siento antojos de un alhayte,
Con que el rey moro se adorna,
Y tiene un balax en medio
Entre dos hilos de aljófar.
—Poco pedís, por mi vida.
—Acaso pedí de sobra.
Hasta entónces, señor rey;
Y, pues cual joya preciosa
Á comprarme habeis venido
Por suspiros ó por doblas,
Yá sabeis en qué me aprecio;
Pensadlo: joya por joya.
É irguiendo el talle flexible,
Alza un tapiz presurosa,
Lleva una mano á sus lábios,
Un beso al aire abandona,
Y por oculto camino
Se desliza entre la sombra.

Lánzase el rey á la calle,
Y el umbral apénas toca,
Preséntale su caballo
Un negro que lo custodia;
Pone una rodilla en tierra,
Dando á Don Pedro la otra
Para que sirva de estribo,
Rápido el monarca monta;
Suelta á su corcel la brida,
Y al africano una dobla,
Y en demanda del Alcázar
Arranca en carrera loca.

Como un demente gritando:
«¡Ay de él, si no me la otorga!
Si no por oro, por hierro.
Dice bien: joya por joya.»

IV

REY Y VERDUGO

De su real alojamiento
Á salir se disponia
Una noche Abu Said
Con bizarra comitiva.
El Maestre de Santiago
Rico banquete le brinda,
Y quiere honrar al Maestre
Por temor ó cortesía.

Yá dispuesta su litera,
Anúncianle la visita
De Martin Lopez de Córdoba,
Que el noble cargo servía
De camarero mayor
Cerca del Rey de Castilla.

Despide pajes y escolta,
Por si el secreto precisa
Al importante mensage
Que tal servidor traia;
Pues no ha de ocuparse en poco
Varon que tan alto frisa.

Martin, en nombre del rey,

Con franca cortesanía,
Mas demostrando en su empeño
Que manda cuando suplica,
Ofrece treinta mil doblas
Por el collar de Jarifa,
Amen de un trono en Granada
Y en la frontera tres villas.
Escúchale el rey Bermejo
Con desden más que con ira,
Y poniéndole delante
Un tesoro en piedras finas:
—«Contestad—dice—á Don Pedro,
Que todas las joyas mías
Suyas serán, si las quiere,
Mas, por Alá, no me pida
La sola prenda que guardo
Del amor de mi Jarifa,
Cual cimiento de esperanzas
Y de memorias reliquia.
¿Véis si valen estas joyas?
Pues cien tantos yo daria
Por el balax de mi alhayte
Y por su perla más chica;
Pensad si hay para pagarlo
Hartas doblas en Castilla.»

Partió de allí Martin López
Y, algunas horas corridas,
Cuando en la mesa el Maestre
Con su huésped departia,
Un tropel de ballesteros,
Con el robo por consigna
Y la violencia por ley,

Prende á la córte morisca,
Sus joyas arrebatando
Cual ladrones en cuadrilla.

Mas nó, no roba el monarca
Si al despojar asesina,
Porque, prestando á la muerte
Apariencias de justicia,
Bienes del ajusticiado
Son del rey que los confisca.
Y así, por lavar con sangre
Pecados de la codicia,
Entre los moros, Don Pedro,
Busca treinta y siete víctimas.

Con ellas Abu Saíd,
Pasados sólo dos dias,
Caballero en un jumento
Al suplicio se encamina,
Con túnica de escarlata
Escarnio á su gerarquía.
Va delante un pregonero
Clamando:—«*Esta es la justicia*
Que manda facer el rey
En los que fueron un dia
En la muerte de Ismaíl
Su rey é señor.»—Y grita
La plebe y bate las palmas
Por demostrar su alegría;
¡Que en la infamia y en la sangre
Halla el esclavo su dicha!

En el campo de Tablada,

Formando siniestra fila
Y á sendos postes sujetas,
La muerte esperan las víctimas.
Un escuadron de sicarios
Sus viles armas enristran,
Mas Don Pedro *el Justiciero*,—
Que quiere dejar cumplida,
Por padron de su vergüenza,
Memoria de tal perfidia—
De verdugo ejecutoria
Allí ante el mundo se firma;
Pues, para dar la señal
Á tan ruin acometida,
Asiendo una fuerte lanza
Al rey moro se encamina,
Y miéntras rasga su pecho
Con roncas voces le grita:
—«*Toma, por que me ficiste*
Facer mala pleytesía
Con Aragon, é perder
El su castillo de Ariza.»—
Alza los ojos el moro,
Sobre Don Pedro los fija,
Y exclama:—«*Hoy ficiste, rey,*
Pequeña caballería.»—
Y en tanto que los verdugos
A sus gentes acuchillan,
Dá un gemido, se estremece,
Cierra los ojos y espira.
¡Malhaya el rey sin honor,
Que nuestra história mancilla
En vil puñal convirtiendo
La espada de la justicia!

¡Malhaya el que nace hidalgo
Y al rendido sacrifica;
Que nunca manda el derecho
Como la nobleza obliga!

Vuela el rey aquella noche
Al camarin de Jarifa,
Llevando el robado alhayte
Esperanza de su dicha.
Halla el palacio desierto,
Y cuando airado registra
Buscando un sér en quien cebe
Los impulsos de su ira,
Sobre la puerta clavado
Un pergamino divisa,
Que arranca, casi en girones,
Y vé que así le decia:
«Guardad, Don Pedro, esa alhaja,
Yo me parto de Sevilla,
Que contra joyas sangrientas
No trueco joya tan limpia.
Ese balax encantado
Refresca sus rojas tintas
Con sangre de los monarcas
Que sobre el pecho lo fijan.
Fué muerto Ismaíl mi padre,
Perdió Abu Saíd la vida,
Y tú morirás á hierro;
Y no has de ver alegría,
Ni hallar momento de calma,
Pues esa joya maldita
Se llama *El Remordimiento*,
Que ántes de morir castiga.

Es fama que de Montiel
En la traidora campiña,
Al caer el rey Don Pedro
Bajo un puñal fratricida,
Al pecho lleva una mano
Para cubrir sus heridas,
Aprieta un joyel de perlas
De rojas manchas teñidas,
Y, yá espirando, murmura:
—«Estaba mi suerte escrita;
Que pide sangre de reyes
El alhayte de Jarifa.»

FEDERICO GARCÍA CABALLERO.



EL HÉROE DEL *CAMBIO*.

Lit. de Mariani Sevilla.